

# I

Un vencejo cruzó oblicuamente la invernala mañana. Mis ojos lo siguieron hasta que viró ascendente hacia el cielo, que parecía envolverlo de un nácar recién desprendido de lo alto del Moncayo. El viento refrescaba mis pómulos y las pantorrillas no querían pertenecerme, tan mal cubiertas como estaban por aquel pantaloncillo ridículo y arrugado de mi atuendo: las medias sin elástico plegadas sobre las botas negras con tacos y los cordones blancos en lazadas anchas y sueltas. El suéter azul oscuro, con una franja blanca angulada sobre el pecho, que yo vestía, destilaba un olor denso a sudor y a barro. Tal era el precio de llevar a la espalda un uno blanco y largo que me convertía en portero del equipo infantil de la escuela de El Burgo de Osma, desplegado sobre el campo-patio de mi centro de enseñanza. Mis compañeros, vestidos con camisolas verdes, pisaban con fuerza el suelo de arena mientras el vaho les salía, así al menos lo veía yo, incluso por las orejas. Aguardábamos el comienzo del partido de fútbol que íbamos a disputar contra los chicos de Ucero, el pueblo cercano del que nunca se hablaba en El Burgo, donde ni siquiera existían carteles que indicaran cómo ir hasta allí. Ellos tardaron en llegar más de dos horas. Venían andando y los recibimos con silbidos. Nos miraron mal. El árbitro, fray Teófilo, mandó callar a todos y nos hizo rezar un padrenuestro antes de comenzar a correr por el campo, por orden de su sil-

bato, contra aquellos ferroviarios que nos sacaban la cabeza, con sus piernas llenas de pelos y sus caras de mandíbulas en ángulo recto. Vestían de negro y habían rezado como rumiando, con sus miradas desafiantes puestas sobre las nuestras.

Fue entonces cuando lo vi por primera vez. No se parecía apenas a sus compañeros. Era de mi estatura, quizá dos o tres dedos más alto, con unos ojillos muy vivos, negros, pelo igual de oscuro, hombros un poco más anchos que los míos y piernas, desde luego, más potentes. Era interior izquierdo y lucía a la espalda un 10 cuyo uno me disgustaba tanto como el cero. Sus botas eran blancas, como de tela y goma, y sus espinillas enseñaban el brillo pelado de cien partidos con certeza ganados, por todo lo cual lo desprecié de inmediato. «Es otra mula más», me dije mientras me movía entre ambos palos de la portería según la delantera de los de Uceró se iba cimbreando por nuestro campo. Entonces, como un vencejo, se acercó resoplando a mi portería y, de un zurdazo, me empotró con balón y todo en la red de malla azul que aquel día estrenábamos. Vi cómo la red se abultaba conmigo dentro, me ahuequé sordamente y perdí la conciencia para viajar hacia un paraje distante y calmo, de infancia arcaica.

Desperté con un diente roto, el estómago dolorido y su mirada sobre la mía, con una mezcla de pena y recogimiento ante mi infortunio, causado por su brutal disparo. Creo que, sin enterarme mucho de lo que decía, le grité llorando bajo el palo de la portería: «¡Muerto de hambre, ya podrás!». Mis palabras desataron la indignación entre mis compañeros, que comenzaron a golpearle a mansalva. Recibió una secuencia de puñetazos. Los de Uceró llegaron corriendo hasta mi área e hicieron un cerco alrededor de él, para cubrirle. Ahora no parecían querer ser tan fuertes. Fray Teófilo daba voces para separar a los que se hallaban enzarzados en medio de la refriega. Entonces, entre las piernas de sus compañeros, lo vi en el

suelo, doblado y con un hilo de sangre que surgía de su nariz, como una lágrima rara. Sus ojos me decían algo, parecían gritar que no había disparado contra mí, sino contra la portería... No sé, quizá no supe interpretar aquel gesto aunque tal vez quisiera expresar algo con firmeza. Me quedé con deseos de hablar, de escucharle disculparse, quizá de pedirle perdón...

Pero lo que más me llamó la atención fue que se parecía mucho a mí tan sólo un rato antes, pequeño, arrugado y herido en el suelo, como cuando pocos días atrás había resbalado patinando y casi me rompo la cabeza en el patio de la entrada de la escuela. Ahora me sentía protegido por mi equipo y les volvimos a silbar cuando se retiraron con su cuerpo a cuestras, algunos de ellos llorando con rabia en silencio. Supe que se llamaba Teobaldo y mi tío Zenón me dijo que era el mismo nombre de un rey de Navarra que marchó a las Cruzadas.

## II

Ⓓos veranos después de aquel partido de fútbol en El Burgo contra los del Ucerro, había bajado al río Abión con Mónica, sobrina del general Andrés Saliquet, que pasaba unos días en su casa invitada por su prima Águeda. Mónica cantaba muy bien y un día, mientras yo tocaba la guitarra junto a la barandilla del parque que mira hacia el río, hizo una segunda voz que se empastó a la perfección con la mía. Algo semejante a un hilo plateado se tendió como un delicado puente entre su pecho y el mío. Nació de allí primero una sonrisa y luego una simpatía profunda entre nosotros dos. Ella no era en exceso bonita, pero tenía unos ojos color caramelo claro llenos de esa comprensión transparente que te endulza nada más mirarte y que luego parece irte abriendo poco a poco las capas más du-

ras donde se acumula un rubor denso, el mismo que ensordece los latidos del corazón.

Me gustaba Mónica. Veía en ella a mi madre, tan joven siempre cuando yo era niño, pero más pequeña y más amiga aun de lo que ella lo pudo ser conmigo. Me gustaba todo, desde su ropa, sus manos limpias, sus labios gordezuelos y sonriones, como yo le decía, hasta el pecho naciente que cada poco parecía crecerle un poquito; su silueta magníficamente dibujada bajo la falda curva en las caderas con ese relieve movedizo al andar, ritmado, como el viento cuando golpea las mieses, las abate y luego las vuelve a enderezar con vigor.

Estábamos en la ribera del río, dispuestos a bañarnos y con una cestita de bocadillos de filetes rusos, más unas limonadas que su tía, la señora de Saliquet, nos preparó. «Si vas con Dionisio no hay cuidado», me contó que su tía le había dicho. La frase me convirtió en un muchacho maduro. Mónica llevaba un bañador de volantes amarillos, rizados en sus bordes, que permitía ver la prieta hechura de sus muslos y el comienzo del pequeño canal de su escote, con esa penumbra que parece invitar a la caricia y al abandono posterior hacia el abismo donde el dulzor del cuerpo todo es tanto que escuece y late. Agosto calentaba el cielo, más aun la tierra; yo me vi al poco mirando a Mónica como un mero animal.

Entonces, sobrevino a mi psique un episodio confuso que suele asaltarme en situaciones semejantes que se significan como importantes bisagras del existir. Surge en momentos vitales de tránsito interior. Su fluir lo dicta una extraña lógica enraizada en mi mente, lejos de mi voluntad y de mi conciencia: súbitamente se encarama dentro una tarima alta, donde parece tener aposento una suerte de sanedrín, un estado mayor anónimo sin rostro pero con voluntad y decisión, que ahueca el contorno de cualquier circunstancia adjetiva para sacar de mi entraña un imperativo descarnado que me impone su dictado, poderosamente: sobre mí se abate entonces un im-

pulso que me traslada hasta un lugar ilusorio desde donde puedo yo, con desenvoltura, observarme por sobre el espacio y fuera también del tiempo... Es un paraje donde la edad no existe, donde todo es aplomo y la mirada cierne el infinito desde una luz remota que me guía con la certeza absoluta del avance...

Recordé luego en un instante la penumbra que extendía su bruma vagorosa tras el púlpito de la catedral de El Burgo y acudió a mi mente como una suerte de zarabanda de presagios, al modo de estandartes morados y negros semejantes a los que pasan los inviernos en los rincones de las ínfimas sacristías de las ermitas de Castilla hasta que una romería anual, aromada y arcaica, los saca a tremolar en una mañana que huele a vino y sabe a pan de costra dura, y los curas se revisten de albas con cíngulos dorados de trenza de hilo de oro, y los campesinos se enfundan en sus panas dignas, negras. Aquellos estandartes libraron dentro de mí un aullador combate, tras desplegarse como para atacarse los unos a los otros...

Al poco, me levanté para zambullirme y caí ruidosamente sobre el agua de la poza que todos los veranos los chicos de El Burgo y de Ucero cerrábamos sobre el río, junto a un cañaveral de ramas verdes y amarillas, como las plantas de las películas del Egipto bíblico. Mónica se burló de mí y reparé en que ella era más madura que yo pese a tener los mismos años. Fue la primera vez que sentí ante ella la vergüenza de ser menor, distinto, más pequeño... No, quizá fuera verla a ella mujer, sin percibirme aún hombre hecho. Entonces, cuando me encontraba en el devaneo de una zozobra indefinida, dudando de mi propia entidad ante aquel poderoso organismo que me dictaba desde el adentro un paisaje interior recóndito pero mío, aún con el sabor oscuro de aquellos estandartes indescifrables restallando al cielo en extraño combate, lo recuerdo bien, de en medio de la poza surgió silenciosamente un cuerpo esbelto coronado por una potente cabeza; a su pelo